



La santidad

Lo primero y lo más importante a la hora de hablar de la santidad es reconocer que todos estamos llamados a esta, y por lo tanto todos podemos alcanzarla. El Señor me está llamando hoy, con mis cruces y con mis pecados no a una simple felicidad pasajera, sino que a la mayor gloria que uno podría imaginar, el Cielo.

Pero este llamado universal no siempre es escuchado. Aquellos que son de corazón tibio, quienes no son ni frío ni caliente, quienes no son capaces de dejarlo todo, y a la vez quererlo todo, les es imposible abrazar confiadamente esta vocación, ya que sus mediocres aspiraciones de felicidad les dificultan buscar lo mejor, que es el Cielo, la patria prometida, la santidad.

Ahora bien, la meta no puede ser buscada a medias, porque no existen santos a medias, el hombre es o no es santo, he ahí la dificultad del asunto.

Pero Él, que conoce los corazones de los hombres, que conoce lo que son las tentaciones y las tribulaciones de esta vida ha decidido, en su infinita misericordia, tener hambre y sed para que yo no me fatigüe, sufrir para que yo no padezca ningún mal.

Y no sólo esto, después de haber entregado hasta la última gota de sangre en la cruz, no nos ha querido dejar solos. Se ha quedado con nosotros para acompañarnos y guiarnos. Y si en algún momento nos perdemos y ya no sabemos dónde está el camino, Él deja a sus noventa y nueve ovejas para salir en mi búsqueda. Y cuando me encuentra me sube a sus hombros para que no me tuerza mis tobillos ni me entierre espina alguna, ya que el camino de vuelta es duro y peligroso, y Él sabe que puedo sucumbir fácilmente frente a mi debilidad. Y durante el sendero me va dando alimento, para que yo no me fatigüe.

Este alimento que me da fuerzas para seguir adelante son los sacramentos y la oración. Ambos igual de necesarios e imprescindibles para alcanzar la santidad. Después de todo, no hay santo alguno que no haya sacado sus fuerzas tanto de la comunión como de la confesión. Y de igual forma no existe ningún santo que no haya tenido una relación de amor con Dios construida a través de la oración.

Por último quisiera hablar de dos modelos de santidad que constantemente vemos en su Iglesia triunfante. Estos son por un lado santos como San Juan Pablo II, quien recorrió el mundo entero anunciando a Cristo. Santa Teresa de Calcuta quien supo ver en el más pobre a Cristo mismo, por lo que se hizo famosa en todos los rincones de la tierra. San Ignacio de Loyola, a quien nosotros le debemos nuestra fe ya que fundó la compañía de Jesús, congregación encargada por la gracia de Dios de evangelizar América. Santo Tomás de Aquino, San Agustín quienes fueron grandes teólogos, los santos apóstoles. En fin, santos gigantes con tremendas cualidades y cuyas obras son conocidas universalmente. Santos que muchas veces vemos de una forma muy distante, ya sea por la grandeza de sus obras o por la magnificencia de sus cualidades.

Y es por esto que Dios también ha decidido servirse de otro tipo de personas para hacer su obra. Se encuentran en este grupo santos completamente insignificantes a los ojos de la humanidad, puesto que no contaban con casi ninguna cualidad por la que podrían haberse destacado. Y de no haber sido porque Dios lo estimaba conveniente, habrían pasado por el mundo y nadie se habría enterado de su existencia. Pero, porque Dios es grande, ha decidido servirse de estas personas para mostrarnos que, desde lo más pequeño, puede salir lo más grande. Algunos ejemplos claros de estos son, Santa Bernardette, una pequeña niña ignorante a quien la Virgen se le apareció para confirmarle el dogma de la Inmaculada Concepción. El Santo Cura de Ars, un párroco humilde y un poco tonto, en un pueblito perdido en Francia, quien sería el santo patrono de todos los sacerdotes. Santa Teresita de Lisieux, una joven carmelita que no vivió más de veinticuatro años, sería la encargada, por medio de su libro "Historia de un Alma", de mostrarnos que levantando hasta un alfiler con amor se puede salvar al mundo entero. Santa Faustina Kowalska una religiosa polaca y a quien todos consideraban loca o esquizofrénica, fue el instrumento que eligió Cristo para mostrar al mundo su divina misericordia. Y por último San Francisco y Jacinta Marto, quienes junto Lucía dos Santos, fueron los niños que eligió la Virgen para confiarles tres secretos que cambiarían el mundo, estos serían conocidos como los pastorcitos de Fátima.

Ahí tenemos a nuestros pequeños y nuestros grandes modelos de santidad. Cabe mencionar que pese a que estos santos pueden ser muy diferentes entre sí, hay una cualidad que puedo ver presente en todos, y es la humildad. El hacerse pequeños para que Dios se haga grande. Y eso es la santidad.